

COMPARTIR EL CORAZÓN

La vida religiosa agustiniana como ámbito comunicador

1. COMUNIÓN Y FRATERNIDAD

1.1. La vida consagrada, expresión y escuela de caridad

Comentando algunos pasajes de su encíclica *Deus caritas est*, el papa Benedicto XVI ha definido la vida consagrada como “expresión y escuela de caridad”¹. Es decir, la vida religiosa, sea cual sea su formulación y su concreción (distintos órdenes y congregaciones, diferentes comunidades, apostolados variados, lugares diversos...), debe mostrar lo que es el amor y enseñar cómo y dónde alcanzarlo. No creo que ninguno se oponga a este enunciado. Es un principio comúnmente admitido que forma parte de lo que podríamos denominar “teología general de la vida religiosa”: nuestro ser como consagrados debe mostrar lo que es el amor y enseñar cómo y dónde alcanzarlo. Y esto por un doble motivo: 1º porque brota del seguimiento de Cristo y 2º porque tiende a la caridad perfecta². El problema comienza cuando, tanto individualmente como institución, confrontamos con este principio lo que somos y hacemos y queremos sacar consecuencias prácticas de ello. Entonces se nos plantean dos opciones: o diluir las exigencias, siguiendo un camino cómodo, que mantenga la situación, con algunos cambios periféricos que no causen excesivas molestias; o, segunda posibilidad, procurar ser coherentes como religiosos y afrontar la necesidad de un cambio profundo con las consecuencias que lleva consigo.

1.2. El retorno a las fuentes y la dinámica renovadora

1.2.1. La norma definitiva

Ningún proceso de renovación (personal o comunitario) es viable si no va al fondo, a la esencia. Toda reforma periférica está condenada al fracaso. De hecho, el Concilio Vaticano II nos recuerda que “la adecuada renovación de la vida religiosa comprende un retorno a las fuentes de toda vida cristiana”³. No se trata de un retorno meramente conceptual, sino existencial: no se trata de “saber” sino de “vivir”. Reavivar lo esencial. El Concilio nos traza un itinerario muy claro al recordarnos que “la norma definitiva de la vida religiosa es el seguimiento de Cristo tal cual lo

¹ *Ángelus* del 29 de enero de 2006.

² Cf. *Perfectae caritatis*.

³ *Ibid.*, 2.

propone el Evangelio”. Y añade: “Todos los institutos han de considerar esto como su regla suprema”⁴. Así pues, se impone revitalizar el conocimiento de Cristo, la relación con Cristo, el seguimiento de Cristo, la identificación con Cristo. Es lo que podríamos llamar un retorno a la esencia de la fe cristiana porque, en definitiva, la vida religiosa no es sino un modo de ser cristiano.

1.2.2. Sólo permanece el amor...

Y ¿dónde está la clave? ¿Qué es lo que nos identifica como cristianos (unidos a Cristo, otros Cristos)? Basta recordar las palabras de Jesús en el Evangelio: “Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros” (Jn 13,34-35). Este amor fraterno tiene su fundamento y su razón de ser en el amor con el que Dios nos ama y que se manifiesta en Cristo. Por tanto, ser cristiano no es otra cosa que vivir el amor. Así, la identificación con Cristo sólo puede realizarse en el amor, no en la actividad, ni en el cumplimiento exacto y minucioso de la ley: “Aunque hable todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, soy como el bronce que resuena o el címbalo que retiñe. Aunque tenga el don de profecía, y conozca todos los misterios y toda la ciencia; aunque tenga plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo amor, nada soy. Aunque reparta todos mis bienes, y entregue mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, nada me aprovecha. [...]. El amor no acaba nunca [...]. Ahora subsisten la fe, la esperanza y el amor, estas tres. Pero la mayor de todas es el amor” (1 Cor 13,1-3.8.13.).

1.2.3. Preguntarnos por el amor

Por tanto, ya que es la nota distintiva no sólo de la vida religiosa sino del cristianismo, preguntémonos por el amor. ¿Sabemos qué es? ¿Hay amor en nuestra vida? ¿Es el amor lo que fundamenta y explica lo que somos (agustinos) y hacemos (apostolado), las decisiones, las opciones...? No creo que estas preguntas deban causarnos desconcierto. Y mucho menos desasosiego. Es cierto que nos provocan y que, si somos sinceros, no podemos despacharlas con generalidades. Afectan a lo más profundo de nuestra vida y nos hacen replantearnos su autenticidad: nos hemos entregado a Dios porque, en Cristo, hemos descubierto que Dios es amor. No un Dios que es superficialmente afectivo, sino un Dios fuerte y

⁴ *Ibid.*

vigoroso en el amor. Por eso, en palabras del cardenal Eduardo Pironio, “la vida consagrada tiene que ser un permanente grito del Dios que es amor: una expresión gozosa de entrega al amor”. Y es que el amor no está en haber dicho “sí” una vez para siempre, “sino en despertar cada día con un corazón nuevo y renovar ese sí”⁵.

1.3. Ser agustinos hoy

1.3.1. Una sola alma y un solo corazón

Los agustinos nos situamos en este marco. Recordemos que san Agustín, en su Regla, establece cuál es el principio básico en la vida religiosa agustiniana: “*sit vobis anima una et cor unum in Deum*”⁶. Este es el espíritu de fraternidad que guía la comunidad religiosa conformando esa unidad de mente y corazón en la que la búsqueda de Dios no es otra cosa sino una constante comunión de amor⁷. Es el dinamismo del amor el que hace que la diversidad de caracteres, edades, ocupaciones, etc., sean riqueza y no motivo de confrontación. Precisamente porque se da una unidad de almas en el amor. Y, en esa unidad, cada uno pone a disposición lo que tiene y, sobre todo, lo que es, enfrentando así el individualismo, el consumismo y el activismo y todas las manifestaciones egoístas del falso amor. Sólo así es posible la comunidad tal y como la piensa san Agustín.

El amor y la comunidad forman una unidad de modo que, para que exista comunidad, debe existir amor entre sus miembros. Como dice san Agustín, quien no ama está lamentablemente muerto⁸. Del mismo modo que está muerta la comunidad que no se fundamenta en el amor. Hay un texto muy clarificador del obispo de Hipona: “Se engañaban, pues, algunos, al decir que ellos amaban a Dios y manifestaban no amarlos debido al odio fraterno, lo cual es fácil de observar en la vida ordinaria y en las costumbres. *Si os mordéis*, dice san Pablo, *y os devoráis unos a otros, mirad no seáis consumidos los unos por los otros* (Gal 5,15). Con este vicio de controversia y envidia, sostenían entre sí de un modo especial disputas perniciosas, hablando mal unos de otros y buscando cada uno su vana victoria y su propia gloria, en cuyas ocupaciones se destruye la unidad al dividirse en bandos. ¿Y cómo pueden evitarse estas cosas si no es andando

⁵ Cf. E. PIRONIO, “La vida consagrada, expresión de un Dios que es Amor”, en *Vida Religiosa* 101 (2006) 78-84.

⁶ Regla 1,2.

⁷ Cf. G. VIGINI, *Sant’Agostino. L’avventura della grazia e della carità*, Cinisello Balsamo 2006, 82ss.

⁸ Cf. Comentario al Salmo 31/32; Sermón 2,5; T. VAN BAVEL, *Carisma: comunidad*, Madrid 2004, 89ss.

en Espíritu y no ejecutando los deseos de la carne? El principal y gran don es el Espíritu, la humildad y la mansedumbre. De aquí lo que decía el Señor: Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón (Mt 11,19). Y lo siguiente del profeta: ¿Sobre quién descansará mi espíritu, si no es sobre el humilde y el manso y el que teme mis palabras (Is 66,2?)⁹.

1.3.2. Primero, la humildad

Por tanto, como paso previo, debemos cultivar la virtud de la humildad siguiendo el ejemplo de Cristo y más aún en este tiempo de Adviento. En efecto, él “no hizo alarde de su categoría de Dios sino, al contrario, se despojó de su rango tomando la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz” (Flp 2,6-8). Es imposible reconocer el rostro de Dios en el hermano y vivir en comunidad sin ser conscientes, en primer lugar, de que es Cristo quien nos llama (tanto a mí como al hermano) a seguirle en la vida religiosa agustiniana. La iniciativa es suya, no nuestra. Y no se basa en las cualidades personales de cada uno ni en merecimientos humanos, sino en su libre voluntad.

En segundo lugar, esto nos lleva a sabernos instrumentos del amor de Dios y a entregarnos sin reservas como respuesta a la llamada: si nos creemos sabios, autosuficientes, superiores, nuestra vida religiosa será estéril, porque es falsa nuestra vida cristiana.

En tercer lugar, es preciso considerar la realidad del hermano que tenemos al lado y que convive con nosotros desde un doble aspecto: a) Cristo le ha llamado también, por tanto hay una opción de la voluntad divina que supera los criterios humanos, como los ha superado en mi caso (¿o es que sólo yo “merezo” ser agustino?: ninguno “merece” nada; toda vocación es regalo de Dios) y b) sólo en la apertura al otro, en el acercamiento cordial, podré encontrar y vivir a Cristo, responder a su llamada y ser signo ante el mundo de la validez del carisma agustiniano.

1.3.3. Caminos falsos

Siempre que busquemos consolidarnos a través de las cosas (consumismo), de dominar a los demás (poder) o de opciones cómodas y sin riesgos (mediocridad y aburguesamiento) nos incapacitamos para estimar la originalidad de lo gratuito y la novedad del regalo que supone la

⁹ Exposición de la Carta a los Gálatas 45.

vida común. Sólo quedan entonces las aristas, las dificultades, las diferencias, la insatisfacción. Se “soporta” al otro, mientras va creciendo la indiferencia, la incomunicación, la soledad. Por eso no son de recibo quienes no se detienen ante la intriga, la calumnia o la maledicencia para conseguir sus fines. Ni aquellos que, convencidos de la superioridad de su ciencia, de sus cualidades o de su virtud, desprecian a quienes no llegan a su nivel. Ni quienes se rodean de una camarilla de aduladores y no escuchan las opiniones contrarias sin considerarlas una insubordinación o una insolencia. Ni quienes maniobran para mantener sus tristes seguridades y las consideran merecidas. Sólo el humilde es capaz de Dios. Y sólo el humilde es capaz de vivir gozosamente en comunidad. Porque sólo el humilde es capaz de apertura, de receptividad, de entrega: en definitiva, de relación auténtica con Dios y con el hermano¹⁰.

2. LA COMUNICACIÓN

Sentadas estas bases, podemos entender la importancia de la comunicación con los hermanos en su realidad más profunda, uno de los objetivos Provinciales para este curso sobre el que vamos a detenernos unos instantes. La comunicación auténtica está relacionada con la humildad como actitud y con el amor como fundamento y no se reduce al intercambio verbal o conceptual entre dos interlocutores. Este es un primer nivel, pero llegar a la profundidad y autenticidad exige en cierta medida comunicarse, hacer patente, manifestar y compartir la propia vida e implica un modo de ser y relacionarse con uno mismo, con los demás y con Dios.

2.1. La comunicación como medio de crecimiento comunitario

2.1.1. Qué entendemos por comunicar

En la vida religiosa la comunicación hace referencia especialmente a algo “interior” de la persona relacionado con su trato con Dios que habla y se comunica, que escucha y se revela. Compartir la experiencia de Dios y sus dones no es una manía de los “espiritualistas”, ni moda pasajera. Se equivoca quien piensa así. Es algo que está en el centro de nuestro estilo de vida, un objetivo hacia el que debemos caminar. El documento sobre la vida fraterna en comunidad, de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada¹¹, señala la importancia de la comunicación profunda en la

¹⁰ Cf. S. SIERRA, Conocerse: la humildad en san Agustín. Cuadernos FAE nº 21, Madrid 2003.

¹¹ CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA, *La vida fraterna en comunidad* [=

vida consagrada: “La falta y la pobreza de la comunicación genera habitualmente un debilitamiento de la fraternidad a causa del desconocimiento de la vida del otro, que convierte en extraño al hermano y en anónima la relación, además de crear verdaderas y propias situaciones de aislamiento y soledad. En algunas comunidades se lamenta la escasa calidad de la comunicación fundamental de bienes espirituales: se comunican temas y problemas marginales, pero raramente se comparte lo que es vital y central en la vida consagrada. [...]. Hay que afrontar el problema explícitamente: con tacto y atención y sin forzar las cosas; pero también con decisión y creatividad, buscando formas e instrumentos que puedan permitir a todos aprender progresivamente a compartir, con sencillez y fraternidad, los dones del Espíritu, a fin de que lleguen a ser verdaderamente de todos y sirvan para la edificación de todos (cf 1 Cor 12,7).”¹².

2.1.2. Comunicación y fraternidad

Esto no significa que se olviden otros niveles básicos de comunicación, que enriquecen a la persona y la posibilitan para abrirse a otro tipo de comunicación más profunda: “...La exigencia más sentida de incrementar la vida fraterna en una comunidad lleva consigo la correspondiente necesidad de una comunidad más extensa e intensa. Para llegar a ser verdaderamente hermanos y hermanas es necesario conocerse. Para conocerse es muy importante comunicarse cada vez de forma más amplia y profunda”¹³.

Podemos hacernos algunas preguntas que nos permitan reflexionar sobre la comunicación en nuestra propia comunidad como medio de análisis: ¿Cómo se realiza la comunicación en mi comunidad y qué contenidos tiene? ¿Cuál es la calidad de nuestras relaciones cotidianas? ¿Hay más comunicación fuera que dentro de la comunidad? ¿Nuestras conversaciones tocan alguna vez lo que constituye el centro de nuestra vida -la fe, la consagración,...- o solo se refieren a aspectos marginales que no tienen que ver nada con esto? Cuando hablamos de Dios (clases, homilías, charlas, conversaciones...) ¿lo hacemos desde una confesión personal de fe o nos limitamos a declaraciones oficiales, anónimas, ritualistas y poco comprometidas?

VFC], Madrid 1996⁷, 37-41.

¹² VFC 32.

¹³ VFC 29.

2.2. Actitudes que favorecen la comunicación¹⁴.

2.2.1. Estimar y dar confianza.

La estima es la primera condición. Para que se de un nivel de comunicación que no quede en algo meramente externo o aparente es preciso tener una actitud positiva hacia el otro sabiendo que a uno se le puede reprochar lo que hace pero nunca lo que es. Situar-se ante el otro desde una actitud positiva, sin juzgar, sin condenar, significa transmitir confianza y hace posible que el otro pueda comunicarse y expresarse libremente, favoreciendo así el diálogo y la comunicación profunda. De no ser así, el otro se siente amenazado o condenado y toda comunicación queda relegada a niveles superficiales en los que predomina la cautela, la actitud defensiva, la escasa libertad. Y esto conduce a la falta de sinceridad en la relación.

2.2.2. Ser transparente y verdadero

Quizá la mayor irresponsabilidad en la comunicación la encontremos en la hipocresía y el miedo al compromiso de quienes creen poder jugar consigo mismos y con los demás. La relación con el hermano debe ser coherente y transparente en todos sus ámbitos (actitudes, palabras, gestos...), manifestando la autenticidad de la persona: sin engaños, sin máscaras, sin artificios, sin trampas. El que es responsable no se engaña ni pretende engañar como si jugase al escondite.

2.2.3. Descubrir el corazón del hermano

Significa ponerse en situación de escuchar y atender al otro para captar al máximo su realidad más allá del los mismos pensamiento que transmite. De este modo se puede ir penetrado poco a poco en su mundo interior y se descubre al ser humano más allá de las palabras y de las ideas. Lo contrario es la actitud apática, de quien se pone frente al otro al margen de su corazón, situación y sentimientos, atendiendo a la simple objetividad fría del que lo sabe todo y prescribe lo que hay que hacer. La actitud apática supone lejanía, desinterés por el otro, falta de atención, ausencia de compromiso, impasividad y neutralidad. En el fondo muestra que solo le preocupan sus cosas y no la vida de los demás.

¹⁴ Cf.. A. CENCINI, *Vida en comunidad: reto y maravilla*, Madrid 1996, 191-198.

2.2.4. Potenciar las relaciones de complementariedad.

Para aumentar la comunicación es bueno fomentar las relaciones de complementariedad frente a las de superioridad o las paralelas. Las relaciones de complementarias suponen reciprocidad, interdependencia y mutualidad en la comunicación, desde el respeto de las propias situaciones y roles. Son aquellas en las que cada uno recibe y da, manifestándose dispuesto a ayudar y ser ayudado. Buscan comunicarse desde la igualdad, sabiendo cada uno que necesita del otro, reconociéndose en lo que son y con disponibilidad para aportar, más allá de las diferencias de cultura, de cargo, de edad, etc. Si las relaciones no se basan en la igualdad no se facilita la escucha ni la implicación responsable del interlocutor o del grupo y se provocan respuestas de reacción o defensivas al tiempo que actitudes hiper-críticas o de rechazo a colaborar.

2.3. Comunicación y conflictos.

En caso de que surja algún conflicto con otro hermano o en el contexto más amplio de la comunidad podemos considerar algunas actitudes prácticas que pueden ayudarnos:

2.3.1. Desdramatizar las situaciones

Un problema a veces se hace irresoluble porque lo declaramos tal, no porque lo sea en sí mismo. Si no hay acuerdo conviene que nos mantengamos abiertos y en actitud de búsqueda, aunque las soluciones sean difíciles. No declaramos, en principio, que es imposible hacer algo, sin haberlo intentado.

2.3.2. Aceptar el pluralismo siempre que no afecte a lo esencial de nuestra vida.

Tiene poco sentido religioso entrar en conflictos comunitarios pero resulta absurdo provocarlos por temas secundarios e intrascendentes para nuestra vida. Resulta curioso que la mayoría de los conflictos entran en este ámbito. En este contexto es fundamental respetar las formas de pensar y las formas culturales desde una tolerancia mutua. Nunca resulta bueno confundir unidad con uniformidad.

2.3.3. Analizar los temas con tranquilidad

Siempre desde la disposición a la apertura y admitiendo la posibilidad de cambio. Situarse en posturas bloqueadas e irreformables imposibilita la búsqueda y el discernimiento auténtico.

2.3.4. Tomar la una actitud correcta ante los conflictos.

Se trata de abordar los posibles conflictos desde la confianza mutua, la humildad y el respeto. Presentando las opiniones con sencillez y claridad, desde una actitud fraterna

2.3.5. Mantener la comunicación a pesar del desacuerdo.

Nunca se soluciona un problema negando al otro la palabra. De hecho, cuando se hace esto suele agravarse, quedando enquistado y latente. Puede generar una tensión de fondo entre dos personas o en la vida comunitaria ser más grave que si se provoca una discusión abierta.

2.4. Para favorecer la vida de comunidad y las relaciones fraternas.

La vida de comunidad es un bien precioso, que exige de cada hermano dedicación y empeño para mejorarla. Cada uno, con su actitud ante el otro puede facilitarla o dificultarla. Terminaré esta reflexión recordando brevemente algunas actitudes personales que son muy útiles para el crecimiento comunitario. No son aspectos nuevos, pero dada su importancia para la buena marcha de una comunidad, creo que es bueno refrescar la memoria para que cada uno pueda reflexionar sobre ellos:

2.4.1. Arriesgar e implicarse personalmente en la comunidad.

Toda contribución real a algo supone un riesgo de equivocarse, de ser criticado, de no ser comprendido. Es preciso correr el riesgo normal de cualquier actividad que se realice si de hecho se la busca. Desde esta perspectiva, cuando uno quiere contribuir a la buena marcha de la comunidad tiene que implicarse en ella y trabajar con dedicación y entusiasmo, según sus posibilidades.

2.4.2. Cultivar el sentido de pertenencia.

Es preciso experimentar también un sentido de pertenencia para que aumente la confianza y la implicación. Un fuerte sentido de pertenencia ayuda a los miembros a interesarse por los demás, a respetarlos como son en sus dones y en su aportación. El sentido de pertenencia genera dedicación e implicación.

2.4.3. Reconocer la dignidad del otro.

Valorar su persona y sus opiniones, sin intentar imponer las propias, sino proponiéndolas. Para ello es preciso: 1º partir de una actitud de apertura y búsqueda; 2º considerar primero la fuerza de mis razones antes de entrar en conflicto; 3º ser abierto y tolerante en los temas secundarios, si no hay acuerdo, y razonar con serenidad los temas realmente importantes, desde la búsqueda y no desde la oposición.

2.4.4. Ser comprensivo.

Procurar situarse en el lugar del otro para tratar de entender sus razones. Unido a esto, reconocer las posibles situaciones difíciles que viva el otro y que puedan influir en él.

2.4.5. Ser generoso y servicial.

La vida cristiana auténtica se caracteriza más por dar que por recibir. La inquietud básica de la persona si quiere contribuir a la buena marcha de la comunidad será preguntarse por lo que puede ofrecer a la comunidad o a uno de sus miembros en concreto, más que atender a lo que puede recibir de ella.

2.4.6. Evitar la murmuración

La murmuración y el chismorreo no conducen a nada positivo, sino que empeoran la situación con los hermanos y a nivel comunitario. Frente a la crítica negativa, lo aconsejable es hablar con tranquilidad con el interesado, exponerle el tema y dialogar serenamente. Siempre es preferible afrontar el problema con valentía y prudencia.

2.4.7. Ejercitar la corrección fraterna

Y hacerlo siempre que se den las condiciones para hacerlo. No es solución dejar que otro miembro de la comunidad se deteriore continuamente, por lo que podemos llamar inhibición o falso respeto. Es necesario buscar las condiciones para poder corregir y hacerlo por cosas realmente importantes y siempre desde una actitud muy humilde y una revisión personal profunda.

2.4.8. Saber perdonar.

Esta actitud es fundamental para que las relaciones sean normales. Hay que estar abierto al perdón aunque el otro no se atreva a pedirlo. El hermano tiene que captar mi perdón aunque él no me lo pida y yo no le diga nada. Sin perdón auténtico y sincero no es posible el crecimiento comunitario.

2.4.9. Autoevaluar y discernir.

Buscar ocasiones para la autoevaluación sincera y el discernimiento continuo. La evaluación incluye la lectura de los signos de los tiempos hecha de manera crítica, con sensibilidad y compasión. Este ejercicio ayuda a la persona a encontrar un nuevo lenguaje y a desarrollar estrategias coherentes. El discernimiento ayuda también a los individuos y a las comunidades a fomentar la fuerza, la vitalidad y el dinamismo para la misión.

2.4.10. Optar siempre por el bien.

Recordar siempre que estoy llamado a actuar bien, aunque el otro no lo haga. El hecho de que el otro no haga una cosa o la haga mal no justifica mi acción u omisión. He sido llamado a trabajar por la comunidad y por el otro independientemente de lo que haga él. Mi obligación es mantener siempre una actitud positiva y activa.

3. CONCLUSIÓN. SÓLO EN DIOS ES POSIBLE

San Agustín insiste mucho en el sentido de fraternidad que lleva a vivir en la comunidad religiosa como forma concreta de existencia cristiana¹⁵. Y asume que la comunidad tiene un componente humano insustituible, ya que está formada por personas sujetas a condicionamientos psicológicos, sociológicos, culturales y demás. En repetidas ocasiones insiste en el significado de esta base humana. Precisamente en el proyecto de vida común que presenta en Casiciaco se detiene en la dimensión de amistad como base humana en la vivencia comunitaria¹⁶. Sin embargo san Agustín, después de su conversión, contempla la comunidad religiosa en toda su hondura resaltando su realidad como forma concreta de existencia cristiana, que la diferencia de cualquier otra asociación (no es un colegio mayor, no es un club, no es una empresa...) y añade al objetivo de tener una sola alma y un solo corazón el “in Deum”. Todo lo que hemos dicho (fines, estrategias, acentos...) sólo tienen sentido si Dios es el patrimonio común de todos aquellos que quieren vivir la comunidad agustiniana ya que el proyecto de comunión está enraizado en Dios y a él nos incorpora. Así personas diferentes, distintas y libres superan lo que es mera relación para llegar a la comunión, experimentando, viviendo y testimoniando la verdadera fraternidad¹⁷.

¹⁵ Cf. C. MORÁN, *Comunidad y fraternidad*. Cuadernos FAE nº 11, Madrid 2003.

¹⁶ Cf. *Confesiones* 6,14,24.

¹⁷ Cf. D.L. ORSUTO, “La concordia en el amor”, en L. MELINA – C.A. ANDERSON, *La Vía del Amor*, Burgos 2006, 257-278.